

del loco deseo de alcanzar imposibles, en vez del ardiente afán de apurar el río, contentémonos, siendo sobrios y sensatos, con apagar tranquilamente nuestra sed en las claras aguas del arroyo que se desliza con timidez y modestia.

EL DOCTOR PÉSIMO.

JUNTO Á LA CUNA

VIVA Y MUERTA

En presencia de dos retratos que representan á una niña en vida y en muerte

LO QUE HACE UN ARTISTA

LA misma niña, igual rostro,
La misma figura bella:
Aquí de pié, allá tendida,
Acá jugando, allí quieta.
Igual brazo, aquí flexible,
Abrazando á su muñeca;
Allí á lo largo del cuerpo
Crispado, duro y sin fuerza.
La misma boca menuda,
Aquí riente, allá seca.
¡Vida ó muerte! ¿Qué otro afán
Ni otro cambio representan
Que en el lienzo el de postura
Y el de tinta en la paleta?
¡Tomar la línea hácia el cielo,
Ó tenderla hácia la tierra!
Pedir color á la rosa,
Ó pedírselo á la cera!

LO QUE PIENSA EL MUNDO

Entre retrato y retrato,
¡Qué poca distancia media!
Casi de un golpe la vista
Los abarca y los contempla.
El mismo carbón los traza,
El mismo pincel los crea,
Y hasta el lienzo está cortado
Quizá de una misma pieza.
Los separa un palmo de aire.
¿Qué tiempo? Un segundo apenas;
Sombra y luz de un mismo día,
Vida y muerte, ¡estais bien cerca!

LO QUE SIENTE UN PADRE

¡Cuántas caricias salieron
De esas manos nunca quietas!
¡Qué sonrisas de esa boca!
¡Qué palabras de esa lengua!

La llamo, y no abre los ojos;
La beso, y no me contesta:
Lloro y grito, y no se asusta,
Y la oprimo y no se queja!
¡Ah! Entre el palmo y el segundo
Que la apartan, viva y muerta,
Hay todo un mundo por medio,
Y una eternidad sin verla!

EUGENIO SELLÉS.

EL BAILE

EL que fije su atención en estos días y considere la marcha majestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la lengua en las frías columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo con solo repetirla solemnemente en grandes caracteres colocados sobre la imposable seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los labios y tiene en continua movilidad y agitación hasta á los más pacíficos habitantes de la monarquía.

La voz de cuatro empresas más ó menos alegres han gritado á la vez por los cuatro ángulos de la capital esta palabra: Baile.

El Carnaval es una página que el hombre pensador no debe doblar con indiferencia, porque en ninguna parte como en el baile puede estudiar el filósofo con más provecho las caprichosas actitudes de la humanidad.

Sin duda el baile es el distintivo más inequívoco del sér racional.

Hablan los papagayos, cantan los ruiseñores, el perro es fiel, el elefante casto, el mono ingenioso, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil.

Me parece que he dicho esto otra vez, y si es así entiéndase que ahora no hago más que repetirlo.

Yo he pensado muchas veces por qué los negros tienen esa pasión invencible por el baile, que no han podido vencer los rigores de la esclavitud.

Para el negro, bailar es vivir.

Esto me parece una terrible ironía de la naturaleza.

Meditando profundamente sobre tan oscuro contraste, se me ha ocurrido esta reflexión:

Los negros han debido saber, á pesar de su ignorancia, que se les ha intentado negar el derecho de llamarse hombres.

Ellos no disponen de prensas, ni de parlamentos, ni siquiera de un ejército para hacer lo negro blanco, y han echado mano del baile como argumento invencible para probar que ellos son también hombres.

«Yo pienso, luego existo :» ha dicho un filósofo.

El negro, desatándose en elocuentes contorsiones, dice : « Yo bailo, luego soy hombre. »

El baile se extiende por todas partes y bajo todas las formas.

Desde las danzas fúnebres que se bailaban en la antigüedad al rededor de los muertos, hasta la medicina que cura la mordedura de cierta araña venenosa haciendo bailar á los enfermos.

No solamente un placer, un honor fúnebre, una medicina ; hay también una enfermedad terrible que hace á los enfermos ir á buscar la muerte bailando.

El baile es más todavía.

Para presentarlo con todas las garantías de decencia y de formalidad posible, necesito una madre.

Afortunadamente el mundo no se acaba y tengo donde escoger.

Esta madre es preciso que sea madre de una hija : le pido lo ménos que se necesita para ser madre.

En honor de la verdad, es una señora digna de respeto.

Ha sabido hacer á su hija que es bella, honesta.

En honor también de la verdad, esto es algo más difícil que ser madre.

Estamos en un salón en donde no se baila, pero contiguo á otro donde se baila.

Me es de todo punto indiferente que estos salones formen parte de un edificio público ó estén encerrados dentro del santuario de una casa particular.

Ello es un baile, y para mayor tranquilidad de todos advertiré que no necesito que sea un baile de máscaras.

La madre descansa sosegadamente en un ángulo del salón donde no se baila, mientras la niña pasea con sus compañeras el salón donde se baila.

Yo me acerco á la madre, si no hay otro que quiera hacerlo, y la digo :

—Esa tranquilidad, señora, me prueba que no sabe usted lo que pasa.

La madre abre á un mismo tiempo los ojos para expresar su admiración, y la boca para decir :

—¡ No sé nada !

—Mejor sería que usted no lo supiera si no fuera por que dejase de saberlo.

Claro es que con estas misteriosas palabras despierto en ella tres cosas, que en mi opinión no han dormido jamás ; el temor, el interés y la curiosidad.

Advierto que aunque el baile no es de máscaras yo me he propuesto dar una broma.

La madre me dirige casi á un tiempo estas dos misteriosas palabras :

—¿ Qué hay ? ¿ Qué pasa ?

Yo me acerco á su oído y le digo :

—He visto á Emilia.

—¡ Y qué !

—Me ha causado pena.

—¡ Cómo !

—El brazo de un joven rodeaba su cintura.

—Es imposible.

—Sus rostros se hallaban casi juntos ; sus manos unidas, sus miradas inquietas.

—¡ Qué está usted diciendo !

—Se oprimían, se estrechaban, se confundían uno con otro...

El rostro de la madre se enciende y corta mis palabras.

—Eso no puede ser, dice levantándose.

—Señora, yo lo he visto.

—Pues yo también quiero verlo.

Apoya en mí su brazo, que siento temblar, y la llevo al salón donde se baila, y Emilia se presenta á los ojos de su madre como yo se la había bosquejado, esto es, valsando...

La madre me mira, se sonríe, me reconviene, y me abandona tranquila y satisfecha.

—¡ Un wals ! Hé aquí una palabra que todo lo escusa.

Como si en un wals, la cintura no fuera cintura, ni el brazo, brazo, ni la mano, mano.

Un novelista francés dijo al entregar su hija al que se la había pedido por esposa : « Os llevais un verdadero tesoro ; es joven, es bella, es rica y no ha leído ninguna de mis novelas. »

Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir : « Ni he valsado jamás. »

JOSÉ SELGAS

NOTAS É IMPRESIONES

La pasión empieza halagándonos y acaba martirizándonos.

El dolor es mucho más humano que la dicha. La dicha tiene algo de mitológico.

Decir á un pobre Dios le ampare es una burla criminal. ¿ Acaso Dios ha de venir personalmente